



DE LA PEDAGOGÍA CRÍTICA A LAS PEDAGOGÍAS CRÍTICAS LATINOAMERICANAS

Rigoberto Martínez Escárcega

Universidad Pedagógica Nacional del Estado de Chihuahua
Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico
rigomarti@gmail.com

Área temática: Filosofía, teoría y campo de la educación

Línea temática: Teoría pedagógica

Tipo de ponencia: Aportación teórica



Resumen:

El presente texto aborda un recorrido histórico del despojo y la violencia que han padecido los pueblos latinoamericanos. Se retoma los principales acontecimientos que dieron forma a la conquista y a la colonización de América Latina. También se hace una descripción de las dictaduras militares y la imposición de las políticas neoliberales. Después se hace un recuento de las diferentes luchas de resistencia y las pedagogías críticas que han cobrado forma desde la lógica de los pueblos sometidos. Se trata de construir los principales trazos políticos que hagan posible la emergencia de pedagogías auténticamente latinoamericanas y emancipadoras.

Palabras clave: Pedagogías críticas, colonización, emancipación

Introducción

Es el momento de transitar de la Pedagogía Crítica, así en singular y con letras mayúsculas, a las pedagogías críticas latinoamericanas en plural y con minúsculas. No es un simple problema de estética lingüística, está en juego un proceso de colonialidad epistemológica. Los pueblos latinoamericanos debemos reconocer que no sólo hemos padecido los horrores y la barbarie de la conquista, sino, también, la colonización de la imaginación. No podemos permitir que nadie se adjudique el derecho exclusivo o la paternidad de los imaginarios críticos. La autodenominada Pedagogía Crítica no puede ser el único referente de lucha para las educadoras y los educadores latinoamericanos. Hablar en primera persona y en singular es un acto de soberbia epistemológica que invisibiliza la complejidad y la singularidad de las luchas de los pueblos latinoamericanos. Debemos reconocer que, a través de la historia de nuestros pueblos, siempre hemos cultivado

la flor de la palabra. Como ejemplo, está el peruano José Carlos Mariátegui quien reivindicó el papel revolucionario de los pueblos indígenas, el venezolano Simón Rodríguez educador de nuestro libertador Simón Bolívar, el mexicano Otilio Montaño consejero e ideólogo de Emiliano Zapata, el Che Guevara de una auténtica nacionalidad latinoamericana, el peruano Gustavo Gutiérrez el fundador de la teología de la liberación, el brasileño Paulo Freire inspirador de la pedagogía popular, los maestros mexicanos Arturo Gámiz García, Lucio Cabañas Barrientos y Genaro Vázquez Rojas guerrilleros con un programa de lucha bien articulado y coherente, el colombiana Orlando Fals Borda impulsor de la investigación-acción, el peruano Aníbal Quijano uno de los fundadores del pensamiento decolonial, entre muchos más. Pero no sólo tenemos educadoras y educadores críticos, sino diversos y variados movimientos sociales construyendo modelos educativos originales, ahí están las comunidades indígenas zapatistas en México, el movimiento de los Sin Tierra en Brasil, los Piqueteros en Argentina o el pueblo mapuche en Chile que durante siglos ha padecido una guerra de exterminio y que jamás se ha dejado ni se dejará vencer. Es perentorio reconocernos como pueblos beligerantes, con una profunda vocación de lucha para construir de forma original un futuro menos desalentador.

Conquistadores, dictadores y capitalistas

Primero fueron los conquistadores

A su paso por Tenerife, durante el primer viaje a la América recién descubierta, Cristóbal Colón presenció una formidable erupción volcánica. Sería un presagio de los temblores que habrían de padecer estas tierras a través de la historia a manos de conquistadores, dictadores y capitalistas. Colón quedó deslumbrado por la colorida transparencia del Caribe, el paisaje verde, la dulzura y la limpieza del aire, los pájaros de mil colores y los mancebos de hermosa figura. La fiebre del oro contraída por los conquistadores en una Europa que estaba pariendo el capitalismo, convirtió en unos cuantos años a la América recién descubierta, en un territorio de devastación. La población disminuyó más de la mitad. Cobró forma una de las grandes catástrofes de la humanidad gracias a las guerras de rapiña, la explotación desmedida y el renacimiento del régimen esclavista que implementaron en América los conquistadores europeos. Como ejemplo de la barbarie europea, está la conquista de Haití a manos de Cristóbal Colón y el exterminio de los arawaks. Según documenta Hawad Zing: “en el año 1515, quizá, quedaban 50 mil indígenas. En el año 1550, había 500. Un informe del año 1650 revela que en Haití no quedaba ni uno solo de los arawaks autóctonos ni de sus descendientes” (2011, pág. 28). Cristóbal Colón es, sencillamente, un genocida.

Con la llegada de los europeos en 1492 al “nuevo continente”, los acontecimientos históricos se precipitaron: en 1513 las aguas del Pacífico resplandecían ante los ojos de Vasco Núñez de Balboa haciendo plausible la hipótesis del descubrimiento de un nuevo continente, y en el otoño de 1522 retornaban a España los sobrevivientes de la expedición de Hernando de Magallanes

que habían unido por vez primera ambos océanos, verificando que el mundo era redondo al darle una vuelta entera. Las expediciones de conquista no se hicieron esperar. En 1521 Hernán Cortés conquistó Tenochtitlán y después le quemó los pies a Cuauhtémoc en busca de tesoros escondidos. En 1523 Pedro de Alvarado se lanzó a la conquista de Centroamérica dejando tantos indios muertos que se formaron ríos de sangre en Guatemala. En 1533 Francisco Pizarro entra triunfante en el Cuzco degollando al inca Atahualpa después de haber obtenido un extraordinario rescate por su vida. En 1530 Martim Alfonso de Sousa fundó a fuego y espada las primeras poblaciones portuguesas en Brasil. En 1540 Pedro de Valdivia funda Santiago de Chile después de atravesar y hostilizar las poblaciones del desierto de Atacama. Finalmente, los peregrinos del *Mayflower* se establecieron en las costas de Plymouth en Norteamérica, desde donde dieron forma a una verdadera carnicería humana exterminado a toda la población nativa que hallaron a su paso.

El descubrimiento de América es hijo de la espada y la cruz. Por un lado, los conquistadores amasaron riqueza a punta de sangre y lodo, y, por otro lado, los evangelizadores impusieron un dios y una religión que legitimaba el despojo y la injusticia cometida a manos de los recién llegados. Así pues, el nacimiento del capitalismo es producto del oro y la sangre de nuestros pueblos latinoamericanos.

Después fueron los dictadores

Una vez pasados los horrores de la conquista vinieron las calamidades de los dictadores. Durante el siglo XIX y XX, las trece colonias fundadas por los ingleses protestantes en Norteamérica, se vuelven un poder mundial que pasa a explotar y a oprimir a los países recién independizados de Latinoamérica. En 1948 México se ve despojado de forma violenta de más de la mitad de su territorio a manos de los nuevos norteamericanos. Los Estados Unidos de Norteamérica, después de las grandes conflagraciones mundiales del siglo XX, emergen como un poder imperial. La manipulación de la política en los gobiernos de los países latinoamericanos por parte del poder yanqui, no se hace esperar. Con el apoyo descarado del imperio yanqui, Anastasio Somoza, a partir de 1936, establece un gobierno dictatorial en Nicaragua heredando el poder a su hijo. El 13 de junio de 1953, Gustavo Rojas Pinilla encabeza un golpe de estado en Colombia a partir del cual da forma a una dictadura militar que ejerce la violencia contra la población de forma discrecional. A partir de 1954, Alfredo Stroessner encabeza una dictadura militar en Paraguay que detentaría el poder de forma terrorífica durante 35 años, cometiendo crímenes de lesa humanidad contra la población de su país. El 3 de octubre de 1968, Juan Francisco Velasco Alvarado, dirige un golpe de estado en Perú, a partir del cual impuso una dictadura militar basada en la represión y la intolerancia. En 1971, Hugo Banzer Suárez protagoniza un gobierno militar unipersonal e intolerante en Bolivia. El 11 de septiembre de 1973, Augusto Pinochet encabeza una dictadura militar en Chile, exterminando con bombas yanquis el gobierno democrático representado por Salvador Allende. El 27 de junio de 1973,

Juan María Bordaberry implanta una dictadura militar en Uruguay disolviendo de forma violenta las manifestaciones de estudiantes y trabajadores. El 24 de marzo de 1976 el general Jorge Rafael Videla, lleva a cabo un golpe de estado en Argentina a partir del cual implanta una dictadura militar basada en la represión, el exterminio y la desaparición de todas las voces disidentes. Y así, la lista de dictadores en Latinoamérica se vuelve interminable. Brasil, Costa Rica, Cuba, El Salvador, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Venezuela son otros tantos países que padecieron dictaduras militares durante el siglo XX. O bien, países como México que dieron forma a regímenes políticos violentos y represivos encabezados por un partido de Estado. Las dictaduras militares en los países latinoamericanos fueron planeadas, apoyadas y financiadas por el gobierno yanqui. La mayoría de los dictadores fueron formados en el Instituto del Hemisferio Occidente para la Cooperación en Seguridad, mejor conocido como la Escuela de las Américas, la cual está situada actualmente en Fort Benning en la localidad yanqui de Columbus, Georgia. La Escuela de las Américas, es un centro de entrenamiento militar. De esta escuela se han graduado más de 60 mil militares y policías de todos los países latinoamericanos. En este lugar se adiestra y entrena en métodos modernos de tortura, asesinato y represión. La Escuela de las Américas es el centro de operación de la carnicería humana que ha implementado el imperio yanqui contra la población digna y rebelde de todos los rincones de Latinoamérica. El apoyo del imperialismo yanqui a las dictaduras que padecimos en Latinoamérica no puede ser más evidente. Como muestra basta un par de ejemplos: el régimen de Pinochet en Chile recibió durante 1976 la cantidad de 290 millones de dólares de ayuda directa por parte de los Estados Unidos sin autorización parlamentaria. La dictadura del general Videla en Argentina, al cumplir su primer año de vida, recibió un préstamo de 500 millones de dólares por parte de bancos privados norteamericanos, así como 414 millones de dólares de instituciones internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Galeano, 2005). El vampiro del norte chupó la sangre de las tierras del sur; no sólo extrajo las riquezas naturales de nuestros países (petróleo, oro, plata, cobre, estaño, azúcar, manganeso, caucho, madera y muchos más), sino que no escatimó recursos políticos y militares para matar, reprimir y encarcelar cualquier grito de rabia y dignidad (Galeano, 2002).

Luego llegaron los capitalistas

Después de los dictadores llegó a Latinoamérica el gobierno de los tecnócratas, las dictaduras del capital financiero disfrazadas de regímenes democráticos. Las políticas neoliberales se apoderaron del continente. El libre mercado, la privatización de todas las empresas del Estado, el libre flujo de capitales anónimos y transnacionales se convirtieron en la nueva bandera de los gobiernos tecnócratas. Personajes como Carlos Saúl Menem en Argentina y Carlos Salinas de Gortari en México, este último, por cierto, estudiante de economía de la Universidad de Harvard, protagonizaron la implementación abrupta de políticas neoliberales en su país. La desigualdad social, el aumento de la pobreza y el desempleo no se hizo esperar. La explotación en las industrias maquiladoras se volvió inimaginablemente inhumana. La fusión entre el crimen

organizado y los políticos neoliberales se volvió moneda común. La devastación del campo por las condiciones inequitativas de producción generó una masa humana de emigrantes hacia las tierras del norte del continente, en busca de mejores condiciones de existencia. Los efectos del capitalismo salvaje en el tercer milenio se hacen sentir en todos los países del mundo. La acumulación de capital adquiere dimensiones impresionantes; indignados nos enteramos que la riqueza de las tres personas más poderosas del mundo, es equivalente al producto interno bruto de los 48 países más pobres. Así como también nos han dado a conocer los informes del mismo Banco Mundial, que, a escala planetaria, cerca de tres mil millones de personas, la mitad de la humanidad, viven con menos de 1.3 dólares por día, y que aproximadamente mil millones de personas viven por debajo del umbral de la pobreza (EZLN, 1997). Los efectos ecológicos del capitalismo salvaje son holocausticos. Seis millones de hectáreas de tierra cultivable desaparecen cada año por la desertificación. En todas partes, la erosión y la sobreexplotación carcomen aceleradamente la superficie de tierras cultivables. Los equilibrios ecológicos están fragilizados por la contaminación industrial de los países del norte y por la pobreza de los países del sur; síntomas: la deforestación y la desaparición de los barbechos. En el año 2010, la cubierta forestal del globo disminuyó en más de 40% con respecto a 1990. En el 2040, la acumulación de gases con efecto de invernadero podría provocar un aumento de 1 a 2 grados de la temperatura promedio del planeta y una elevación de 0.2 a 1.5 metros sobre el nivel de los océanos. Esto no es seguro, pero si se espera hasta adquirir certidumbre científica, ya habrá sido muy tarde para actuar. La subida del nivel de los océanos ya habrá ocasionado pérdidas irreparables. Los países occidentales, y particularmente los Estados Unidos, responsable de la mitad de las emisiones de gas carbónico de los países industrializados, se niegan a revertir la explotación indiscriminada de combustibles fósiles (Galeano, 2005). Las depredaciones ecológicas se suceden a costa de los suelos, las aguas y la atmósfera. La urbanización galopante, la deforestación tropical, la contaminación de los mantos friáticos, los mares y los ríos, el sobrecalentamiento global, el empobrecimiento de la capa de ozono, las lluvias ácidas, y mil barbaries más, pone en peligro el futuro de la humanidad y la conservación de la vida en el planeta. Si no se genera un cambio radical para destruir al capitalismo, la humanidad como especie corre peligro de extinción.

Luchas libertarias y pedagogías críticas en América Latina

Ahora es el tiempo de la dignidad rebelde

Al lado de la historia cruenta de Latinoamérica protagonizada por conquistadores, dictadores y capitalistas, el fantasma de la dignidad rebelde siempre ha recorrido estas tierras. Desde las rebeliones Incas y mayas contra los conquistadores españoles encabezadas por Túpac Amaru y Canek, hasta las luchas de independencia protagonizadas por Bolívar, Hidalgo y Morelos, así como las revoluciones de liberación nacional en donde participaron personajes heroicos como César Augusto Sandino en Nicaragua, Farabundo Martí en El Salvador o el Che Guevara en Cuba y en Bolivia, siempre ha estado presente en Latinoamérica un espíritu de libertad y dignidad.

El levantamiento indígena zapatista en México, el movimiento de los Sin Tierra en Brasil, los piqueteros organizados en Argentina, el movimiento estudiantil en Chile, entre muchos más, son muestras de que nuevos aires de libertad empiezan a rondar en Latinoamérica (Cúneo & Casnó, 2013). El capitalismo salvaje no llegó para quedarse. En las tierras de Latinoamérica existe una tradición de rebeldía y dignidad que harán posible la construcción de nuevos imaginarios críticos.

Las pedagogías críticas en América Latina

La educación, la teoría y la generación de conocimiento no sólo son un instrumento para legitimar la posición de los poderosos, también se pueden convertir en un medio de reflexión, encuentro y emancipación de todos los grupos oprimidos. La educación, en manos de los primeros evangelizadores, fue un instrumento para imponer una religión y una visión del mundo al servicio de la legitimación de las matanzas y las arbitrariedades de los conquistadores. Después la educación fue un medio de sometimiento y conformismo que hizo posible la existencia de dictaduras militares en la mayoría de los países de Latinoamérica (Mariátegui, 2010). Luego la educación degeneró en un aparato burocrático y credencialista que promueve una visión empresarial acorde a la lógica de mercado y a los intereses del nuevo capitalismo global.

A pesar de las ignominias de la educación, en Latinoamérica siempre hemos tenido insignes educadores críticos, que han luchado al lado de los oprimidos y los explotados. Fray Servando Teresa de Mier luchó en las guerras de independencia al lado de grandes revolucionarios como Javier Mina. Simón Rodríguez fue el teórico y el educador de cabecera de Simón Bolívar. Otros gran educador crítico y revolucionario es José Martí, que se inmoló en la lucha de independencia en Cuba. Otilio Montaña, maestro rural, fue la conciencia política de Emiliano Zapata. En México también cobraron forma figuras como Arturo Gámiz, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, profesores guerrilleros que dieron su vida luchando por un mundo mejor. El mismo Che Guevara se puede considerar un educador latinoamericano, con un programa de lucha y un modelo pedagógico original. Los nuevos imaginarios críticos cuentan con fuentes inagotables de inspiración (Fals Borda, 2009).

En la versión contemporánea de las pedagogías críticas latinoamericanas es importante mencionar las contribuciones de grandes pensadores como Iván Illich, Paulo Freire y Enrique Dussel. La escuela, fue denunciada por Iván Illich, como una máquina para institucionalizar el pensamiento y matar la creatividad humana. En contra parte a la lamentable labor de enajenación social que lleva a cabo la educación institucionalizada, Iván Illich propone una sociedad desescolarizada, una sociedad en donde no tenga cabida la institucionalización del alma, una sociedad en donde las relaciones humanas y afectivas sustituyan a las relaciones del poder y al afán de lucro que predomina en el capitalismo (Illich, 2006). Se puede no estar de acuerdo con las propuestas educativas de Iván Illich, pero no se puede negar la fortaleza y la

certeza de sus argumentos.

Paulo Freire es el educador latinoamericano más representativo de los oprimidos, hace un llamado conmovedor para hacer de la educación un medio de concienciación y emancipación social. Denuncia de forma lúcida la pedagogía bancaria, el extensionismo y la colonización cultural. Muestra cómo la propia pedagogía cosifica al educando y participa en la domesticación de la sociedad. Paulo Freire propone el inédito viable, la posibilidad de construir, desde la educación dialógica, un mundo en donde no tenga cabida ningún tipo de dominación social (Freire, 1990).

Enrique Dussel, al lado de muchos otros pensadores latinoamericanos, como el peruano Gustavo Gutiérrez Merino, el brasileño Leonardo Boff, el colombiano Camilo Torres Restrepo entre muchos más, ha dado forma a un pensamiento auténticamente latinoamericano, comprometido con los pobres y con su liberación (Cerutti Guldberg, 1983). Tanto teólogos como filósofos críticos han desafiado las categorías del pensamiento eurocentrista y se han comprometido en la construcción crítica y libertaria del pueblo latinoamericano.

Conclusiones

Al revisar algunas de las pedagogías críticas latinoamericanas se imponen algunas conclusiones.

Las pedagogías críticas son anticapitalistas y antitotalitarias. Frente al carácter depredador de la lógica capitalista, que tiene sumido al planeta ante una catástrofe ecológica, se debe asumir una postura en defensa de la vida. Es necesario construir una nueva identidad latinoamericana, sentirnos hijas e hijos de una misma historia, producto de los mismos dolores de parto y protagonistas de las mismas luchas para defender nuestra dignidad. Pero, también es importante luchar contra todo tipo de colonialismo o imposición de un pensamiento único. Sabemos cómo es el mundo que no queremos, pero no sabemos cómo será el mundo que queremos, porque el mundo que queremos será producto de un diálogo, de una relación dialógica entre los pueblos oprimidos de la tierra o no será un mundo por el que valga la pena luchar. No queremos imponerle el mundo a nadie, y no queremos que nadie nos imponga su mundo. El mundo que queremos y que soñamos será un mundo construido por muchos mundos, donde cada uno tenga un espacio digno y rebelde.

Las pedagogías críticas latinoamericanas nos invitan a reinventar la política. No podemos cruzarnos de brazos y esperar a que los políticos resuelven nuestros problemas. Necesitamos democratizar y ciudadanizar la política. El destino de nuestros pueblos se va a decidir en las calles y en las plazas, en las ciudades y en el campo, jamás en los parlamentos ni en los palacios de gobierno. Es necesario dibujar una nueva forma de gobierno comunitario y autónomo inspirados en los siete principios de los pueblos zapatistas: obedecer y no mandar, representar y no suplantar, bajar y no subir, servir y no servirse, convencer y no vencer, construir y no destruir,

proponer y no imponer. Nunca más una política sin ciudadanos, nunca más una política de escritorio.

Las pedagogías críticas latinoamericanas son incluyentes, participativas y dialógicas. Si la educación no es producto de un diálogo crítico entre el educador y el educando, entonces no es más que un acto de imposición, colonización y domesticación. El educador debe ser actor de su propia educación o no será un auténtico acto educativo. El educando no puede ser objeto pasivo de la educación. El objeto se debe convertir en sujeto de su propia emancipación.

Las pedagogías críticas son rebeldes, contestatarias, no se pueden dejar secuestrar por el discurso oficial. Las pedagogías críticas no piden permiso para liberarse de los sistemas opresivos. Para amar y para ser libres no se pide autorización. Las pedagogías críticas son una utopía cotidiana hecha realidad. Cada clase, cada día, se convierte en un auténtico encuentro, en una celebración de la palabra, en un acto de amor.

Las pedagogías críticas invitan a desescolarizar las escuelas. Las escuelas deben convertirse en espacios de socialización y realización colectivas. No más domesticación, alienación, imposición, enajenación, memorización, normalización, disciplinarización y control en las escuelas. Las escuelas deben ser un espacio para reír, dialogar, pensar, reflexionar, cuestionar, soñar, imaginar, crear, recrear, inventar y acariciar el alma. Las escuelas deben ser, simplemente, la mejor oportunidad para ser feliz.

Las pedagogías críticas latinoamericanas no son el motor si el timón de las grandes transformaciones sociales. Los cambios sociales son producto de la articulación de múltiples factores. Por tanto, las pedagogías críticas no son las únicas responsables del cambio social. Sin embargo, en la emancipación de los pueblos latinoamericanos tendrán que participar las pedagogías críticas o no serán auténticos actos de emancipación.

Referencias

Cerutti Guldberg, H. (1983). *Filosofía de la liberación latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cúneo, M., & Gasnó, E. (2013). *Crónicas del estallido. Viaje a los movimientos sociales que cambiaron América Latina*. Barcelona: Icaria.

EZLN. (1997). *Siete piezas sueltas del rompecabezas mundial*. México: Enlace Zapatista.

Fals Borda, O. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Freire, P. (1990). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.

Galeano, E. (2002). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.

Galeano, E. (2005). *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*. México: Siglo XXI Editores.

Illich, I. (2006). *La sociedad desescolarizada*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mariátegui, J. (2010). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zinn, H. (2011). *La otra historia de Estados Unidos*. E.E.U.U.: Siete Cuentos.